

ES QUE LA HISTORIA YA NO ES COMO ANTES

Alfredo Angulo Rivas*

Resumen

Dicho en esfuerzo de síntesis, el presente ensayo relaciona el pensamiento histórico y la crítica postmoderna. Este último, con su propuesta de desintegración de los órdenes simbólicos modernos, plantea interrogantes cualitativas a la comprensión histórica. Es de admitir que nuestra idea de la Historia ha cambiado, que es mejor escribirla con “h” minúscula, plantados en el reconocimiento de que no hay una sino muchas historias. En suma, el propósito es informar a la tribu de los historiadores de la crítica de un pensamiento de atardecer que irónicamente ha tardado demasiado en marcharse. Aquí la exposición es libre e intenta conjugar diálogos, eventos y reflexiones. Escrito desde la historia más que desde la filosofía.

Palabras clave: Historia/ Postmodernidad.

Abstract

In a brief way, the current essay relates historical thinking and postmodern critique. The last one, with its proposal of disintegration of modern symbolic orders, raises qualitative questions to historical comprehension. It is important to admit that our idea of History has changed and that it is better to write it with lower-case “h”, placed on the recognition that there is not one history but many histories. In addition, the purpose is to inform the tribe of historians of the criticism of a *parting thinking* that ironically has taken too much time to leave. Here the exposition is free and tries to conjugate dialogues, events and reflections. It is not needless to say that this is a text written from history rather than from philosophy.

Key words: History/ Postmodernism

- ¿Y usted qué cree, Gonzalo, será verdad eso de que el Diablo se murió?
- Bueno, a lo mejor sí, uno nunca sabe.
- Mire que la última mentira del Diablo es decir que se ha muerto.
- Pues le digo, profesor, que ya ni el Diablo es como antes.

* Lic. En Historia. Doctor en Ciencias Políticas. Profesor de la Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Educación Universidad de Los Andes. Mérida – Venezuela. anguloa@ula.ve.

Esa respuesta del arriero fue un chispazo de perplejidad rayando la eternidad del cosmos. Vivimos en un mundo donde ni el Diablo tiene garantías para el valor de sus actividades. Y es que si a ver vamos, Satanás es una metáfora desbancada. El Diablo es un pobre Diabolo sin prestigio ni credibilidad. Pero qué cabeza sana apuesta sus cuatro reales por un ángel que emprendió una tarea a medio camino, siempre inconclusa. ¿Habrá otro ser mas descaminado que éste? No conforme con una condena eterna sin *el debido proceso*, aceptó convertirse en instrumento culpable de todos los males de este mundo. Porque qué fardo bien pesado ese de andar cargando con violencias y enfermedades, con matanzas y hambrunas, con las mas variadas atrocidades tan viejas como el hombre sobre la tierra doliente.

Y no hará falta que Lucifer convoque a una rueda con los medios a fin de poner las cosas en su lugar. Porque al hacer manifestación de estar dispuesto a retirarse, a cortarse la coleta, ¿quién se lo va a creer? Cuando declare su vocación por la metafísica tanto como por la ironía, responderán que esos son juegos de lenguaje. Porque, no señor, nada de arrepentimientos, asuma entero su papel. No venga ahora con el aspaviento de que usted es esposo amantísimo, padre responsable y ciudadano de domicilio fijo y reconocido. Pero qué degradación es esa, usted viendo telenovelas, amante del melodrama, justifíquese al menos, aplíquele garbo, diga que es un estudio sociológico de la *soap opera*. Ah, ya está, ese es el problema, usted tiene la cabeza enferma de lecturas. ¿Quién podía imaginar al Diabolo leyendo a Fernando Pessoa? *Cada individuo es una multiplicidad de seres*, dirá usted previsiblemente, después de los heterónimos, claro está. Y agregará con tono estudiado y a modo de conclusión: *la identidad no es una esencia fija; la identidad siempre es contextual*.

Gonzalo, el mal no es obra del Diabolo. Lucifer ha sido un principio hábil para conciliar un Dios bondadoso con un mundo sufriente. No, no es la ausencia de Dios; la maldad es una opción que el hombre elige en la misma medida en que se decanta por el bien. No creo ponerme enfático si te advierto que el mal pertenece a la esfera de la libertad; forma parte de nuestro horizonte de posibilidades. De no haber un margen de libertad para elegir, el hombre seria ángel o demonio sin más; entre esas polaridades oscilaría. Lo que intento decir es que por la libertad los seres humanos hacen la historia. Y ahí cabe humanamente todo un universo de matices, de penumbras y de claros oscuros.

Sí, ya puedo imaginar el comentario de alguna alma inquebrantable: *ese no ha podido escapar del atavismo disciplinario; es que no entiende el valor creador del pastiche*. Pero vamos, lo que intento decir es que ha cambiado nuestra manera

de entender el progreso. No, tampoco digo que es su abandono. Todavía está muy arraigada la idea de que toda limitación sea por defecto de nacimiento, edad o descendencia es intolerable y debe ser abolida o empujada hacia su disminución. Pero nuestra fe en el progreso inevitable ya no es firme. Y es que ninguna sociedad está inmunizada frente al peligro de sufrir retrocesos. Por eso hago paráfrasis de la expresión del arriero y digo: *es que la historia ya no es como antes*. Esa admisión me gusta porque no es concluyente. Ahí me planto.

Y continúo porque es grande la vocación de andar hurgando. La idea del fin no es conciliable con las puertas abiertas al futuro trans-humano. Quizás la gran producción de sentido por venir sea la comunicación entre lo híbrido y la integridad humana. Campo fértil para la imaginación es el que ofrece la bioingeniería y las tecnologías del genoma al acercar el ser humano y la máquina. Las mutaciones estéticas del cuerpo, el *éxodo antropológico*, tal vez ya muestren los signos iniciales de la transformación corporal por venir. La rebelión necesita un nuevo cuerpo, proclama el discurso ácrata, otro que sea incapaz de adaptarse a la vida familiar, a la disciplina de la fábrica, a las regulaciones de la vida sexual tradicional.

Un puente de oro comunica la indagación científica y la reflexión humanística. Es el debate entre genética y ética sobre humanos fabricados. ¿Jugamos a ser Dios? Cómo será el *alma* del transhumano? ¿Tendrá la misma frondosidad interior de los seres humanos? ¿Será elevado, sublime o sólo mostrara interés por las superficies? ¿Estará consciente de su falta de profundidad y de su hambre por las variaciones externas? ¿Tendrá pesadillas y se le meterá por los ojos el espanto? ¿Será su corazón un gran silencio? ¿Creerá en el olvido?...

Esas preguntas nos sobrepasan largamente. Por eso creo en el cine y en sus posibilidades explicativas. Abundante ha sido la basura producida por la industria cinematográfica, pero algunas obras ofrecen claves inteligentes para mirar el futuro posthumano. *Blade Runner* (valga citar el título), es una producción extraña, de diseñadores genéticos, un mundo oscuro sin derecho a ninguna ilusión. Ante la solicitud de más vida del replicante, el presidente de la gran corporación y alfarero del orden confiesa sus límites: *El creador no puede reparar su creación*. Y añade: *Las verdades de la vida son que alterar la evolución de un sistema orgánico es fatal...* Vistas así las cosas, después de todo, el problema de fondo sigue siendo el mismo: es que no logramos conciliarnos con la certeza de la muerte. Pasamos la vida inventando formulas para olvidarla. Tememos morirnos del todo, definitivamente. Pero qué deslumbramiento es escribir con la conciencia del fin, ese violento despertar a la luz que nos hace entender que toda la vida termina con la muerte.

Hay una hermosa poesía en las palabras agónicas del último replicante. Ese adiós es un epitafio conmovedor:

He visto cosas que los humanos ni se imaginan.
Naves de ataque quemándose cerca del hombro de Orión.
He visto rayos de mar centellando cerca de las Puertas de Tannhausen.
Todos esos momentos se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia.
Es hora de morir.

2

Sí, es verdad, admitámoslo. A pesar de las declaraciones de que *el conocimiento avanza mediante el intercambio promiscuo del saber*, el diálogo entre las disciplinas no ha sido fecundo. Quizás por causa de los nichos intelectuales, tal vez debido a la conciente ignorancia mutua, todo sin descontar el rechazo a lo que se juzga como mera especulación filosófica. Es posible que haya otros elementos para el inventario, pero la percepción de amenaza dominante entre los historiadores ha sido la causa de fuerza mayor. En lugar de apreciar la comunicación como una oportunidad para el examen del estatuto de su disciplina, *los hijos de Clío* juzgaron que la crítica postmoderna ponía en duda la legitimidad del saber histórico en su conjunto.

No, no es una moda intelectual más o menos exquisita. La genealogía postmoderna es un *pensamiento de atardecer*, una despedida que se ha prolongado durante tres décadas. Decir que ha sido envidiable su capacidad regenerativa no es una ironía. Ciertamente que la inmortalidad sin la promesa de la eterna juventud sería una cruel deformidad. Pero la crítica postmoderna ha tenido plasticidad como para extenderse por algún tiempo más. Y hay que reconocer que desde el comienzo ella fue algo más que *una empresa cartográfica*, el intento simple de medir las nuevas condiciones prevalecientes en el arte, la sociedad y la cultura. Los problemas tratados fueron siempre *cuestiones de valor*.

Pero, ¿qué es el pensamiento postmoderno? El meollo del asunto parece ser la proclamación de un final, *la desintegración de los órdenes simbólicos modernos*. Y no es accesorio decir que es un pensamiento puesto a debate; sobre la mesa de discusión sigue presente el argumento de mayor jerarquía: la modernidad no es un proyecto agotado. La sociología alemana (autores de renombre, digamos precisamente), rechaza la idea de que las sociedades de Occidente se muevan a la postmodernidad. Lo que ha habido, aducen, es una transformación de las

instituciones básicas de la modernidad, el Estado nación y la familia nuclear, en especial (1).

Trato de explicarlo para saber si lo entendí. La *primera modernidad* da cuenta de sociedades donde las relaciones sociales, redes y comunidades son entendidas en un sentido territorial. Los patrones colectivos de vida, de progreso y control, pleno empleo y explotación de la naturaleza han sido socavados por varios procesos ligados entre sí: la globalización e individualización, la revolución del género, el subempleo y los riesgos globales. El desafío de la *segunda modernidad* es que la sociedad debe responder a todas esas demandas simultáneamente. El dato a retener es que estos procesos son el resultado no de la crisis sino de la victoria de la primera, simple, lineal modernización industrial, el foco de estudio de la sociología clásica. Somos testigos, en suma, de una modernización radicalizada.

Comprenderá el lector las ironías que van de apostilla: *ah, la modernidad, un invento alemán; ah, el pensamiento posmoderno, una teoría francesa; ah, la crisis permanente de modernidad, una realidad latinoamericana...*

Me dicen mis lecturas que la mirada postmoderna es una crítica a los dos mayores mitos que habían legitimado la actividad científica en los últimos 200 años. De modo que las *grandes narrativas*, los *grands récits*, han perdido capacidad de explicación. Y la verdad es que ya no vivimos el tiempo de los sistemas globales de interpretación, no es esta la época de los grandes constructores de sistemas. Hagamos una breve relación sumaria:

En primer lugar, el *mito de la liberación por el progreso*. ¿Cómo olvidar la complicidad de todas las ciencias en los grandes crímenes del siglo XX, incluyendo el Holocausto, los Gulags soviéticos, la creación de armas de destrucción indiscriminada? La promesa de un futuro de felicidad, las grandes justificaciones de la civilización occidental y la confianza en el progreso visible en Kant, Hegel o Marx, en las visiones utópicas de perfección logradas a través de la evolución, el mejoramiento social, la educación y la extensión de la ciencia, no quedaron incólume.

La desilusión del progreso, hay que anotararlo, no es unánime. Es evidente su pérdida de atractivo entre las élites culturales, los colectivos humanos encargados de *deteriorar el pensamiento o de reconvertirlo para la tragedia* (2). El caso es que la idea se resiste a desaparecer. En la esfera de las elites financieras y políticas, la ideología del progreso tiene arraigo. Todavía para la gente del común el mundo se

mueve, una suposición que nos hace pensar en que cambiamos con el movimiento del mundo.

En segundo termino, el *mito de la verdad*. Es la crisis de la idea de objetividad científica, la toma de conciencia de que no hay verdad independiente del sujeto. La crítica postmoderna ha visto en la objetividad un recurso de poder, de autoridad en la academia, el ultimo medio de dominación del privilegiado hombre blanco. En la genealogía postmoderna el conocimiento es poco fiable. No hay significado seguro ni correspondencia entre lenguaje y el mundo. El pensamiento lógico ha sido la imposición de metáforas y figuras retóricas para construir sistemas conceptuales binarios sobre el flujo de los acontecimientos: *naturaleza y cultura; racional e irracional...*

¿Qué duda cabe de que el hombre participa en la creación del objeto? La gente de la Edad Media veía en realidad ángeles y demonios. Pero el reconocimiento de la subjetividad puede tener una deriva anuladora, un efecto que resume la frase *no pierda el tiempo, no busque porque no hay*. Pues bien, son dos las actitudes frente al saber: una, el mundo es comprensible; la otra, el mundo no tiene por qué serlo. La confianza de que es posible entender el mundo es un principio del conocimiento; conocer implica elegir. No es preciso abundar sobre la potencialidad de una actitud y la imposibilidad de la otra.

Con todo, hay que reconocer la ganancia. El pensamiento postmoderno es un llamado de alerta sobre las contradicciones de los autores, los contenidos ideológicos de los textos, los juegos del lenguaje, las trampas de las invocaciones trascendentes. Por este camino le viene su inclinación hacia lo transitorio, la celebración de la ironía, el gusto que consigue en la parodia. También su rechazo a las pretensiones de unidad y totalidad, la distancia crítica respecto a cualquier aspiración fundacional, originaria. Y sobre todo la prevención contra la certeza, siempre vecina de la intolerancia. Que nos asista la poesía, la primera de las artes en su discusión con la muerte. Escribió W. B. Yeats, el poeta irlandés, grande para ser considerado poeta nacional de Inglaterra, una síntesis inmejorable: *A los mejores les falta convicción y los peores, en cambio, están llenos de apasionada intensidad*.

Caímos en cuenta de que la historia se debe escribir con hache minúscula. La puesta en cuestión de una sola y privilegiada visión del pasado (del centrismo que sea), es el fin del consenso sobre la unicidad de la historia. No hay una sino muchas historias; y ese saber ha sido bueno. Pero el tesoro mayor ha sido aprender a cuidarse de los rígidos modelos teóricos. Y es que cuanto más abstracta sea la

fórmula, más dificultad tendrá para adaptarse a la madeja de líneas sinuosas de las relaciones humanas. Quizás alguna alma caritativa soltará inocente la pregunta: ¿Y cual es la utilidad del asunto? Bueno, ya no hay *asesinos inocentes* que invocan el nombre de la historia.

La conclusión, en fin, es un llamado a la humildad. La verdad reclamada por las ciencias sociales no garantiza un conocer superior ni único. Cada una es libre de contar sus historias acerca de la materia que sea. Cada historia es parte de una economía del discurso; y cada una debe competir con otras historias para encontrar y ganar una audiencia. La crítica postmoderna es radical: el pensamiento social tiene el mismo status que las creencias en la reencarnación y la comunicación con el mas allá. Entonces, que cada quien sobreviva a su pruebas.

Voy de visita y hago deslizar la conversación en el asunto, deliberadamente:

—*Gonzalo, ¿que se necesita para escribir una buena historia?*

—*Bueno, tener algo que decir.*

3

Escritor canónico, sí. Escritor que hizo filosofía a través de la literatura, también. Escritor más conocido por su nombre que por la lectura de sus obras, en efecto. Uno leyó a Jorge Luis Borges por recomendación de un amigo, la vía más fiable para acercarse a un libro. ¿Cómo olvidar el relato *Del Rigor de la Ciencia*, apenas una página que resume las complejidades del saber? Por encargo del Emperador de la China, los sabios cartógrafos dibujaron un mapa con tal grado de minucia que cada detalle de la provincia se hizo corresponder con su representación. Con el paso del tiempo, trozos de aquel mapa vagaban por el desierto...

Lo que quiero decir es que uno tuvo noticia de las implicaciones de la crítica postmoderna leyendo a Borges, sin saberlo. El conocimiento no es una duplicación de la realidad. Y tampoco lo es la memoria absoluta de *Funes el memorioso*. Porque además de ser una insania (*el que no puede olvidar, enloquece*), es una condena que impide la abstracción generalizadora. *El jardín de los senderos que se bifurcan* es el relato de una serie infinita de tiempos en el que cada uno es el punto de partida de otras bifurcaciones. El tiempo histórico es el tiempo de los caminos que se bifurcan, la metáfora de un árbol de frondosidad creciente.

No, no estoy en plan de sugerir que este sea el caso de un escritor postmoderno *avant la lettre*. Tampoco es pretensión de navegar sobre la ola de *la muerte del autor*, o afán de actualidad con el *nacimiento del lector* que escribe y re-escribe significados. Pero es que el mismo Borges pone en entredicho el valor de la originalidad. *No existe el concepto de plagio* (escribe en *Tlon, Uqbar, Orbis Tertius*): *Se ha establecido que todas las obras son obras de un solo autor, que es intemporal y que es anónimo*. Esa recusación de la originalidad es una puesta en cuestión de la idea del hombre genial; del creador solo con sus obras, fuera de algún contexto que lo sitúe y de un saber que le antecede.

Borges cree en la lectura, en su valor fundamental, como acto hermenéutico primero. ¿Que es *Pierre Menard, autor del Quijote*? La escritura de una lectura que al volverse mimética multiplica sus significaciones. Dada su incredulidad en las grandes filosofías el argentino propone sustituir la veracidad por la verosimilitud. Así la filosofía es una forma disimulada de literatura fantástica; la metafísica, la manifestación de un trabajo de la ficción. ¿No sugiere esta manera de ver las cosas un manojito de propuestas? La reescritura de la Biblia habrá de ser una tarea infinita si cada uno de sus libros es una metáfora sin fin. Quizás el Diario de Lázaro sea una obra en espera de un autor.

Sí, convengamos en que cada libro habla de los libros precedentes y de los que vendrán. Es sabido que la obra de Borges no solo refleja la influencia de la cultura europea y de la tradición literaria inglesa en especial. La verdad es que uno no sabe si esa declaración es un halago o una ofensa para los argentinos. Críticos literarios devotos de su obra han dicho con más propiedad que su escritura es el trasunto de vastas lecturas de obras filosóficas, de escritos teológicos, de literatura exotérica. Lo que intento decir es que hay en el escritor una actitud a favor del menor valor asignable. Borges es escéptico de las grandes formas literarias y ve en la novela una colección de narraciones breves conectadas mediante ripio.

No siempre sus declaraciones hicieron justicia. Y si bien hablo de los justos (*dos jugadores que juegan un silencioso ajedrez; la mano que acaricia a un perro dormido; una pareja que indaga en la historia de una palabra...*), de Borges hay que retener su rechazo de las ideologías de salvación. Y aun así mantuvo la esperanza, vio en el idealismo la posibilidad de alguna comprensión. Es la vieja intuición humana de que podemos ser engañados por nuestros sentidos. Vemos espejismos en el camino, formas erróneas en la distancia. La idea de que nuestros sentidos no son confiables es una llave maestra para los mundos espirituales. Borges deja

entreabierta la puerta: el laberinto es la metáfora de la vida; al hombre pertenece su desciframiento.

Ahora y en la hora de las identidades tribales, el relato *Borges y yo* es una lectura sobre la que es posible volver. El alter ego, el otro Borges que escribe sus obras, ese homónimo cuya biografía aparece en los diccionarios de literatura, nos pone en alerta respecto a las fijeza esenciales. *Todas las cosas caen en el olvido (dice) o entran en las manos de otro hombre*. Borges ya no se pertenece; no ha merecido el olvido. Trató las grandes metáforas con una maestría que intentar copiarlo resultaría una necedad. No deja de ser paradójico que habiendo puesto en tela de juicio la idea de originalidad, su obra tenga esa respiración tan suya. Cuando en los años 70 la crítica postmoderna era mas un rompecabezas que una forma segura, Borges había escrito parte de sus páginas más memorables. Quizás sea un viejo cliché decirlo, pero la obra de ficción da la maravillosa oportunidad de acercarnos a las fibras mas intimas de la condición humana. Y esa cualidad le viene por estar tan cerca de la vida.

¿Recreará Borges el destino de Homero convertido en Ulises? Uno no sabe. La memoria ha perdido integridad. Ya no son los vastos corredores del espíritu que aseveró Agustín de Hipona sino escombros de identidades perdidas. Pero vamos, en un país cuyo imaginario colectivo convierte a una artista de cabaret en una santa, a un revolucionario fracasado en un Mesías y a un jugador de balompié en una religión, tal vez haya lugar para el escritor. ¿Habrá algo más exótico para consumo de los habitantes ricos que sufren de nostalgia de autenticidad? Sí, un escritor ciego que hablaba español y pensaba en inglés.

Voy en plan de visita una vez más. Conversamos e insisto en el tema:

—*Gonzalo, para escribir se necesita antes un buen método.*

—*Ah, eso sirve para juntar ladrillos.*

4

Sí, eso no tiene vuelta de página. La crítica postmoderna ha llegado a los más variados campos del saber. El inventario nos quita el aire, se sale de la gráfica: la filosofía, el cine, la literatura, el arte, la representación, el espacio, la ciencia y la tecnología, la ley y la justicia, la ética, en fin (3). Paso revista a otro libro y la cobertura temática es casi onmicomprensiva, polifónica digamos: Política,

feminismo, estilos de vida, religión, mundo postcolonial, arquitectura, televisión, ficción, música, cultura popular (4). Quizás la gracia del abanico esta en lo que obvia: la disciplina de la historia.

Pero admitamos que los efectos se han dejado sentir en las ciencias sociales. Ahí esta la etnográfica y el retiro del campo (del Otro) hacia el texto, hacia la reflexión de uno mismo. Los etnógrafos se han consagrado al *qué* y al *cómo*, al grado que la autoconciencia ha atentado contra el mundo de la investigación y del investigador mismo. El chiste viene como anillo al dedo, y habla justo de la omisión empobrecedora.

He aquí la respuesta del entrevistado por el etnógrafo:

Bien, ya es suficiente respecto a usted. ¿Por qué no hablamos un poco acerca de mí?

¿Hará falta recordar que las teorías sirven para movilizar las ideas y no más? La postmodernidad es una hipótesis, una condición más que un imperativo. Escoger ser postmoderno es tanto como optar por abrazar la contingencia, cuando la gracia es que el azar te escoge a ti, por sus propias razones (5). Declararse postmoderno sería tan extraño como decir que se es telegrafista de profesión. Además la vida enseña que es preferible ver a los hombres y no a las etiquetas.

Pero volvamos a la nuez del asunto. ¿Por qué los historiadores perciben una amenaza? La genealogía postmoderna dice que no hay unidad de acción, tiempo y espacio, que el presente no es homogéneo, que carece de identidad. Como resultado de tecnologías que permiten una gran escala de almacenamiento, acceso y reproducción de registros, no es cierta la separación absoluta entre presente y pasado. Las tecnologías de transporte y comunicación han creado la *especialización de la experiencia*, de modo que lo temporal no cuenta. La noción centralista del Estado, fomentada por la idea del movimiento uniforme de la historia, se ha debilitado. En la genealogía postmoderna no esta claro quién tiene la autoridad para hablar en nombre de la historia.

La verdad es que no haríamos justicia de obviar las diferencias en el pensamiento postmoderno (6). Hay pensadores que hacen crítica del progresismo, pero juzgan que la realidad histórica puede ser atrapada en su dinámica inherente y en su orden. Desde Alexandre Kojève hasta Francis Fukuyama hay una reflexión que encuentra en la historia una dirección, no obstante que el rumbo sea hacia la entropía cultural, la monotonía, la rutina y la homogeneidad. Y encontramos pensadores

que niegan la continuidad e insisten en el puro flujo, con lo que implícitamente cuestionan la idea del *periodo histórico* dotado de un significado intrínseco y estable.

¿Es la historia un trabajo de la ficción? ¿Queda ella disuelta en metáforas? Para Hayden White el texto histórico es *un artefacto literario*, así lo llama (7). Y dice que el discurso del historiador depende de las categorías del lenguaje con las que piensa. El número de sus posibilidades retóricas condiciona la forma y el contenido de la exposición. La historia ha regresado a la narración porque su discurso no puede ser científico. La relación del historiador no es con una realidad exterior inexistente sino con el texto donde escribe. En fin, esa es su conclusión, no hay una referencia externa más real que aquella con la que trabaja un escritor de ficción.

Pero el culto a la narración no convierte a la historia en un género literario. Y es que hay diferencias que no son triviales. En la obra de ficción el escritor no tiene un compromiso con la verdad; la intención no es contar algo porque realmente sucedió, sino porque es interesante. Historia y literatura fraternizan en una misma preocupación estética. Sin embargo, una y otra tienen diferentes sistemas de aproximación a la realidad. Si la literatura tiene licencia para decir mentiras prácticas que inventen un mundo más humano, la historia debe orientarse hacia la realidad, así falle en el intento. Que el discurso histórico no discurra a través de conexiones lógicas o implicadas deductivamente entre sí, no cancela sus posibilidades explicativas. La historia no es un argumento inmóvil, es verdad, pero todo relato tiene su momento interpretativo. Al final, ha habido una ganancia. Conscientes de que el relato no debe seguir un mismo diseño, ya nadie escribe una narración siguiendo una progresión entre comienzo, medio y fin. Ese darnos cuenta también ha sido bueno.

La crítica postmoderna ha tenido la cualidad de mostrar las complejidades del saber. El impase estuvo en el giro que terminó por negar la existencia de toda realidad. En su dimensión post-estructural, la crítica niega la referencia y el significado estable, lo cual amenaza con socavar la utilidad del entendimiento histórico y de toda acción. De modo que no es solo la negativa de algunos a reconocer que hubo eventos como la II Guerra Mundial o el Holocausto, como la disolución del interés por la esfera social, visto que el esfuerzo de las actuales generaciones de intelectuales se ha consagrado a “de-construir” los discursos, las novelas, los programas de televisión o cualquier otro producto cultural.

Los sueños de la razón postmoderna es su apotegma, también crea fantasmagorías que la desafían, espectros que muestran sus costuras. Si el saber

es inseguro y poco confiable, si el conocimiento es ominoso, el mero ejercicio del poder y la exclusión, entonces “hay” algo mas que el solo flujo de un particular mundo sin fines. Los pensadores posmodernos afirman que habiendo negado la referencia, ellos no pueden justificarse. Luego se niegan a discutir sobre la verdad absoluta por su propia posición. Y al plantear una ruptura mas allá de la época histórica, abrazan los tres estadios de la concepción de la historia, y así la clase *de meta narrativa* que intentan negar.

Pero *el ojo postmoderno* ha sido exitoso y ha persuadido con un discurso que, en resumidas cuentas, es un acta de defunción. Sorprende el fervor con que se pone en cuestión a la cultura occidental desde las aulas y auditorios de las universidades de Estados Unidos y Europa. Este es más o menos el guión: la modernidad no liberó, condenó; las instituciones no forman, alienan; el individualismo no permite elegir entre opciones, corrompe. Y sorprende de este diagnostico que de los países desde donde nace son los que mejores condiciones de vida dan a sus ciudadanos. Aquellos donde hay mejor distribución de la riqueza o sistemas de bienestar que compensan las diferencias. La situación de los países donde triunfó la modernidad ha traído beneficios que nadie, en sano juicio o fanatismo de por medio, estaría dispuesto a renunciar. ¿Acaso la vigencia de las instituciones legales no protege al individuo de las amenazas de la tribu, del monarca dueño de vidas y haciendas o de los impulsos ciegos del mandamás de turno? ¿No es preferible que la religión sea una opción personal en lugar de una ley que regula la vida publica?...

La idea del fluir permanente sin sentido ni fines, la orientación post estructural de la crítica postmoderna, no podía ser asumida por los historiadores. Es una arma de doble filo decir que no hay significado, que todo es un juego de espejos. Resulta comprensible, en fin, la percepción de amenaza. Sin embargo, uno sospecha que los historiadores están demasiado ocupados en el oficio. El hecho es que si los congresos, simposios y foros sirven de criterio para hacerse una idea, tal pareciera que *los hijos de Clío* han sido impermeables a ese debate. A primera vista, sus temas de estudio, los múltiples intereses y la extrema especialización indican una apuesta por la diversidad. Pero la tendencia predominante ha sido el excesivo trabajo acumulativo con escasa elaboración teórica, la llamada *historia en migajas*.

El problema no es la fragmentación de la historia; la división del trabajo es una tendencia propia de las modernas sociedades. Hay que saber contar, esa es la cuestión de fondo para el historiador. Y el caso es que no hay una manera de hacer las cosas; cambiamos a menudo lo que estamos haciendo y como lo estamos haciendo. No hay pues una vía exclusiva de llegada. Pero en medio de

la incertidumbre prevaleciente es posible decir que la observación cuidadosa y paciente de las cosas, amen del encuentro con las personas y los libros apropiados, continúa siendo un consejo útil.

En lo personal, digo, creo en la terapéutica de la conversación sin agenda, sin director de debates, sin solicitud de palabras y sin muchos participantes. Por eso declaro mi gusto por los cafés y los bares, y hago el esfuerzo no siempre exitoso por recordar que en mi país la taberna (y no la renta petrolera), ha truncado muchas posibilidades creadoras. Y si he de espigar la otra parte del consejo, convengamos en que hay que leer, sin que la voracidad de la lectura nos impida pensar. Augusto Monterroso viajaba con un diccionario de filosofía así de grande, el medio mas eficaz que se diligenció para conseguir el sueño en el avión. Sabio que fue el viejo maestro de la brevedad.

La experiencia dice que es mejor precaverse de aquellos que se han pasado la vida *afinando el instrumento metodológico*; son subterfugios. No se construye un método para luego crear conocimiento. Al fin de cuentas el método, por bueno que sea, nunca podrá sustituir la carencia de ideas. Lo demás es sentido común. La distinción entre métodos honrados y métodos de engaño (observó con justicia Sir Isaiah Berlin), no es diferente a la vida corriente, donde distinguimos entre palabrería y talento.

Vuelve el acontecimiento a la historia; bienvenido sea. Hagamos votos porque el historiador narre inspirado en la ascesis de los antiguos relatos contados en torno al fuego. Para escribir una buena historia de eventos (dijo Pedro Henríquez Ureña), se necesita una habilidad especial que no abunda. Sin embargo, agregaba el crítico dominicano, para escribir una historia donde nada ocurre es necesario poseer un talento cercano al genio. En fin, la elección es personal; el ejercicio de la libertad es intransferible. Pero quiere uno que el historiador sea ciudadano de su época, lo que implica decir que sea capaz de explicar su tiempo a un ciudadano de otro tiempo.

¿Qué tal explicarle a Aristóteles nuestra idea de la historia? ...En el curso de aquella época, tal parecen sugerir los restos recuperados por la paciencia benedictina de unos replicantes, primó el convencimiento de que la historia era la metáfora de una planta horizontal de procedencia subterránea; que a menudo se espesaba por los depósitos de reservas de alimentos; que producía movimientos arriba y raíces abajo; y que se distinguía por una raíz verdadera provista de brotes, nudos y hojas reducidas a su mínimo elemento. Entre las bandas de emigrantes fue conocida bajo el nombre de rizoma.

Voy con el propósito de saludar y despedirme, pero se me atraviesa la intención provocadora:

—Gonzalo, ¿usted qué piensa de la verdad?

—A mi no me gusta

—Y eso, ¿cómo así?

—Bueno, porque después, ¿de qué cosas podríamos hablar?

Notas

1. Ulrich Beck and Christoph Lau: "Second Modernity as a research agenda: theoretical and empirical explorations in the 'meta-change' or modern society". *The British Journal of Sociology*, Volume 56, Number 4, December 2005.
2. *Does progress have a future?* A conversation with Pierre-Andre Taguieff. Queen's Quarterly, Queen's University, Kingston, Ontario.
3. Steven Connor (edit): *Postmodernism*. Cambridge, Mass, Cambridge University Press, 2004.
4. Stuart Sim (edit): *Postmodernism*. London, New York, Routledge. 2005.
5. Bruno Lataour: *We Have Never Been Modern*. Cambridge, Mass, Harvard University Press, 1993.
6. Ernst Breisach: *The Postmodernism Challenge and Its Aftermath*. Chicago, University of Chicago Press, 2003.
7. Hayden White: "Hecho y Figuración en el Discurso Histórico". Ver *El texto histórico como artefacto literario*. Barcelona, Ediciones Paidós, 2003.